

tir cien veces en presencia del rey Fernando, comunicó a éste valor suficiente para aliarse con Inglaterra, y el 20 de julio de 1793, sin haber comunicado a Francia ningún propósito de ruptura, el Gobierno de Nápoles firmó un tratado secreto con el de la Gran Bretaña.

Este tratado establecía que el rey de Nápoles reforzaría la escuadra inglesa destinada al Mediterráneo, con doce buques, de los cuales cuatro debían ser navíos de línea y otros cuatro fragatas, y con seis mil hombres las tropas que conduciría la referida escuadra.

El Rey había abandonado la presidencia del Consejo, o poco menos; la Reina era la que asistía a las deliberaciones, demostrando en ellas el odio que la movía. Hombres y buques estuvieron preparados a los dos meses, y parte de ellos fué a reunirse a la flota anglo-española que maniobraba en aguas de Tolón.

Por medio de un agente realista que la Reina tenía en dicha ciudad, estábamos al corriente de todo lo que ocurría. Tolón había tomado parte en la formidable insurrección que se había promovido en el Mediodía de Francia contra la Convención.

La ciudad estaba dividida en tres partidos: los jacobinos, los realistas constitucionales, los realistas puros.

Sabíamos que los realistas constitucionales y los realistas puros, horrorizados por las ejecuciones que los diezaba, se habían reunido y que se trataba nada menos que de entregar la plaza a los ingleses.

El 10 de septiembre se divisó un barco inglés que hacía rumbo al puerto de Nápoles y parecía venir de las costas de Francia.

Hacía algunas semanas que, en espera de noticias, nos ausentábamos pocas veces de Nápoles.

La Reina fué advertida del acontecimiento, y dió orden de avisarnos a sir Guillermo y a mí. He dicho *acontecimiento*, porque, en las circunstancias por qué atravesábamos, la llegada de un navío inglés lo era realmente.

Fuimos a palacio. La Reina estaba en la azotea mirando con un anteojo

al buque que entraba en el puerto. Sabíase ya, por señales recibidas, que era el *Agamenón*, navío de línea de Su Majestad Británica, y que procedía de Tolón.

Este lacónico aviso era tan elocuente, que el Rey y sir Guillermo no tuvieron paciencia para esperar las noticias que el barco traía, y fueron a su encuentro para adelantar el momento de conocerlas.

Se embarcaron en una canoa de la marina real, y, con desprecio de las leyes de la junta de sanidad, subieron a bordo.

A su llegada, fueron saludados con una salva, y el *Agamenón* desapareció envuelto en una nube de humo.

Al cabo de media hora, el Rey y sir Guillermo regresaron a tierra.

Sir Guillermo se encaminó directamente a la embajada y me mandó llamar, pues tenía necesidad de mí para recibir a un huésped inesperado.

Dejé a Su Majestad comunicar a la Reina que ésta aguardaba con ansia, y, pensando que, por mi parte, también yo las iba a conocer por boca de sir Guillermo, que había servido de intérprete en la conferencia entre el Rey y el capitán del buque, me despedí de la Reina y di orden al cochero de conducirme a la embajada.

Sir Guillermo me esperaba.

—Mi querida Emma—me dijo al verme,—voy a presentarte un hombrecillo que no puede jactarse de hermoso, pero que, a mi juicio, será algún día uno de los más grandes guerreros que jamás haya tenido Inglaterra.

El entusiasmo de sir Guillermo me hizo reír.

—¿Y en qué fundas ese vaticinio?—le pregunté.

—En las pocas palabras que hemos cambiado, y te aseguro que ha de asombrar al mundo. Bien sabes que nunca he querido recibir en mi casa a ningún oficial inglés; pero en esta ocasión te ruego que dispenses los honores de la casa a ese de quien hablo. Dispón que se le prepare una habitación y da órdenes para que no le falte nada.

—¿Y cuándo llega ese futuro hombre célebre?—pregunté.

—De un momento a otro. Hoy comeremos todos con el Rey, y mañana iremos a pasar el día en Portici.

—¿Me dirás, cuando menos, cómo se llama tu héroe?

—Horacio Nelson, querida amiga. No olvides este nombre, que un día aclamará la celebridad.

No sé me ocurrió ninguna observación.

El hotel de la embajada era inmenso. Algún tiempo atrás había circulado el rumor de que el príncipe de Gales, aquel príncipe que cierta noche vi yo lleno de juventud y de amor al través de las abiertas ventanas de miss Arabella, debía venir a Nápoles; a cuya noticia, sir Guillermo habíase apresurado a preparar alojamiento. El príncipe no vino, las habitaciones estaban dispuestas para recibirle; yo consideré que no había otras más indicadas para el gran hombre del porvenir adivinado por sir Guillermo, y destiné al capitán Nelson el departamento del príncipe de Gales.

Uno de los más bellos retratos míos hechos por Rowmney figuraba casualmente en aquel aposento.

Cuando volví al salón, encontré a sir Guillermo en compañía de un oficial de la marina inglesa.

Al verme, ambos se pusieron en pie, y adelantaron hacia mí. Sir Guillermo me presentó al capitán Nelson.

Si se pudiese creer en los presentimientos, afirmaré aquí que, sea atracción instintiva, sea efecto de la preocupación ejercida por las palabras de sir Guillermo, ello es que sentí cierta emoción al corresponder al saludo del capitán Nelson. Conforme había dicho mi esposo, el capitán Nelson distaba mucho de ser un hombre guapo.

Desde aquella época han transcurrido diez y ocho años, y, sin embargo, le veo tal como era el día en que me fué presentado, sin las mutilaciones que la guerra le hizo sufrir más adelante.

Era un hombre de treinta y cinco años, bajo de estatura, de pálido semblante, ojos azules, nariz aguileña, barba pronunciada, indicio de tenacidad rayana en la obstinación; los cabe-

llos eran de un rubio leonado, y escasos.

Besóme la mano con ademán torpe, pero con galantería. En su persona se reconocía fácilmente al hombre de mar en toda la extensión de la palabra, y en vano se habrían buscado en él los rasgos característicos de los elegantes ingleses de mis primeras relaciones de quienes conservaba recuerdo.

Ya se conocía la noticia que traía; esa noticia era terrible para Francia: su primer puerto militar había sido entregado a los ingleses.

He aquí en cuatro palabras los detalles del suceso, recogidos de los propios labios del capitán Nelson.

He dicho lo que sabíamos de los tres diferentes partidos que había en Tolón: jacobinos, realistas constitucionales y realistas puros.

Los dos últimos, reunidos contra los jacobinos, sólo esperaban una ocasión propicia para entrar en guerra, para romper las hostilidades con sus adversarios.

La ocasión se presentó muy pronto. La Constitución de 1793 había sido decretada, y los jacobinos la hicieron proclamar en Tolón a tambor batiente.

A seguida de esta proclama, se produjo en la ciudad una efervescencia general, y los contrarrevolucionarios resolvieron oponerse a la aceptación del acta constitucional.

Las autoridades jacobinas, previendo lo que iba a suceder, mandaron anunciar que sería castigado con la muerte a quienquiera que se atreviese a proponer la apertura de las secciones. El decreto produjo un efecto contrario a lo que de él se esperaba; los partidos coligados se dirigieron en tropel a las secciones, y fué tanta la diligencia desplegada, que las puertas fueron destrozadas en vez de abrirse.

La contrarrevolución se llevó a cabo en un momento; los papeles del club de los jacobinos fueron secuestrados, los principales jefes de la sociedad arrestados y conducidos a la prisión, de la que soltaron a los realistas con objeto de dar cabida a los otros.

El cadalso y las prisiones, después

de haber servido para los realistas, sirvieron para los republicanos. El primero, lejos de ser derribado, continuó funcionando, con la diferencia de que ahora segaba cabezas republicanas en vez de segar cabezas realistas.

Una de esas ejecuciones promovió una profunda turbación y estuvo a punto de echarlo todo a perder (1).

El nuevo tribunal condenó a muerte a un tal Alejo Lambert, hombre muy popular en Tolón. Para salvarle, se formó una conjuración; y, en efecto, al ser conducido al suplicio, una inmensa oleada popular se abalanzó sobre la fuerza armada que lo escoltaba; el fúnebre cortejo había llegado a la calle de los Caldereros, que se convirtió en teatro de un terrible combate. Uno de los individuos de la escolta, viendo que el pueblo iba a triunfar, descargó a boca de jarro su fusil contra el prisionero, que cayó gravemente herido, pero acaso no mortalmente, aunque el proyectil le había atravesado el cuerpo. De todos modos, al fin y al cabo los asaltantes fueron puestos en fuga. Alejo Lambert, perseguido por el rastro de la sangre, como un gamo herido, volvió a caer en manos de sus enemigos que se disputaron la presa. Los unos querían aplazar la ejecución, los otros que ésta se cumpliera en el acto. La mayoría optó por la ejecución inmediata, y, en efecto, el mismo día Alejo Lambert fué ejecutado.

La Convención puso a Tolón fuera de la ley. Pero, a pesar de la revuelta, dióse el caso singular de conservar todas las formas republicanas, y la bandera tricolor continuaba flotando en la ciudad. Los realistas creyeron que no habían hecho bastante. Dirigiendo la mirada al mar, vieron el crucero anglo-hispano-napolitano que bloqueaba el puerto; resolvieron entregar la plaza a los ingleses y escapar por esta traición al anatema de la Convención nacional.

Se entablaron negociaciones con el

(1) No se olvide que es Emma Lyon la que habla, y que, por lo tanto, habla como realista: nosotros hubiésemos dicho: de salvarlo todo.

almirante Hood, el cual no quería resolver nada sin estar seguro de la cooperación del general conde de Mandés, comandante de la plaza, y del almirante Trogof, que lo era de la escuadra. Estos entraron en la combinación; pero no se hizo comprender tan fácilmente la razón al contralmirante Saint-Julien, que era un jacobino irreductible. No bien se enteró del proyecto, en vez de secundarlo reunió a su tripulación y la arengó con ardor, y obligó a los oficiales y a la marinería a jurar que nunca las flotas enemigas entrarían en el puerto de Tolón. El contralmirante Saint-Julien había aprovechado, para espetar esta republicana allocución el momento en que su superior jerárquico se encontraba en tierra. Viendo la unánime adhesión de las tripulaciones de todos los barcos, tomó el mando de la escuadra y procedió a cerrar por completo el paso de la rada.

Por esta vez, sin un golpe atrevido, los realistas estaban perdidos. El ejército del general Carteaux, que acababa de apoderarse de Marsella, marchaba sobre Tolón, y el contralmirante Saint-Julien, cerrando la barra, les cerraba toda retirada.

El golpe atrevido fué dado y obtuvo buen resultado.

Los realistas pactaron con los ingleses un tratado por el que se reconocía que al entrar éstos en Tolón, tomarían posesión de la plaza en nombre y como aliados de Su Majestad el rey Luis XVII. Luego de celebrado este convenio, declararon en rebeldía a la flota por oponerse a la voluntad general de los habitantes y amenazaron con emplear la fuerza para reducirla. En consecuencia, se pusieron oficiales realistas en todos los apostaderos donde había oficiales republicanos, y particularmente en la gran Torre, a cuyo jefe se le encargó que tuviese las mechas encendidas para disparar sobre la escuadra a la primera señal, al mismo tiempo que el almirante Hood atacaría con sus buques para intentar forzar el paso de la rada.

Estas noticias llegaron a conocimiento del contralmirante Saint-Julien, que respondió anunciando que iba a bom-

bardear la ciudad y mandando tocar zafarrancho de combate en todas las embarcaciones.

Estaba a punto de estallar la guerra civil, y nadie puede decir cómo habría terminado la cosa, cuando la fragata *Perla*, mandada por el teniente Van Kempen, se destacó súbitamente de la escuadra y puso la proa en dirección a la plaza. El almirante Trogof aprovechó también la ocasión. Se hizo trasladar a la fragata, y enarboló en ella la insignia almirante, ejerciendo el gran prestigio que ésta ejerce en los marinos. En efecto, a su vista, una parte de la escuadra abandonó al contralmirante Saint-Julien. Reducido éste a siete buques solamente, formó la resolución de pasar por entre la flota inglesa, resolución que llevó a cabo con toda felicidad; pero, a partir de entonces, Tolón quedó sin defensores, y los realistas, dueños de la situación, dieron entrada a los ingleses.

Aunque el relato de estos acontecimientos no parezca corresponder a las memorias de una mujer, lo he querido hacer por dos razones: la primera, porque ellos tuvieron una grande influencia sobre otros hechos en los que más tarde intervine de modo muy activo; la segunda, porque mi intimidad con la reina de Nápoles me ha facilitado el conocimiento de particularidades que eran ignoradas y relacionadas con la época de que hablo.

## LX

Con anterioridad a la llegada del capitán Nelson a Nápoles, me presenté en la morada de la Reina, quizás en hora no acostumbrada. Con gran asombro mío, dijéronme que la Reina se había encerrado después de haber dado orden de que, sin permiso suyo, no se permitiese la entrada a nadie.

Como semejante prohibición nunca

se hacía extensiva a mí, me retiraba sorprendida de no haber sido objeto de la misma excepción, cuando oí tocar el timbre en la habitación de la Reina.

La servidumbre acudió al llamamiento, y preguntaron:

—¿Qué desea Vuestra Majestad?

—Llaman a Luis Custode—respondió la Reina.

Queriendo entonces saber por qué se me incluía en la consigna general:

—¡Aquí estoy, Majestad!—exclamé.

—¡Emma!—dijo Carolina.

Y abrió la puerta de par en par.

—Ya veo que estás aquí—dijo riendo,—mas, ¿por qué estás aquí?

—Porque Vuestra Majestad ha prohibido la entrada a *quienquiera que fuese*.

—¿Por ventura ha rezado alguna vez contigo ese *quienquiera que fuese*? Tú eres Emma, es decir, mi amiga, la única mujer para quien no guardo secretos. ¡Ven, pues, ven!

Y me llamó con la cabeza y con la voz al mismo tiempo.

Yo la seguí.

En su dormitorio, sobre un amplio canapé frente a la cama, había una montaña de papeles que habían rodado, a manera de cascada, del sofá al entarimado.

—¡Dios mío!—exclamé;—creo que Vuestra Majestad no debe estar condenada a leer todo esto.

—No, pero lo he leído sin haberseme condenado a leerlo.

—Eso no me sorprende más que la palidez de su semblante y el aspecto aflictivo que noto en Vuestra Majestad.

—Te lo explicarás si te digo que no he dormido.

—¿Qué ha hecho, pues, Vuestra Majestad?

—Ya te lo he dicho: he leído todos estos papeles que ves, desde el primero al último.

—¿Y con qué objeto, Dios mío?

—Mira a quién van dirigidos estos papeles.

Esto diciendo, me mostró un sobrecrito:

«Al ciudadano Mackau, embajador de la República francesa en Nápoles».

Miré a la Reina.

—¿Cómo!—le pregunté con asombro, —¿el ciudadano Mackau comunica a Vuestra Majestad las cartas que recibe de su Gobierno?

—¡Oh! ¡qué inocente!—repuso la Reina.

En aquel momento se oyó una voz que desde la puerta decía:

—Aquí está el hombre que Vuestra Majestad ha mandado llamar.

Carolina fué a abrir la puerta.

Apareció un hombre con trazas de doméstico y que, al ver a la Reina, se inclinó hasta el suelo.

—¿Estás seguro—le dijo la Reina,—de que estén aquí todos los papeles de la embajada francesa?

—Todos sin excepción, Majestad, hasta los que había en el cajón del escritorio del embajador.

—¿No mientes?

—Vuestra Majestad lo verá por la algarada que el embajador va a levantar cuando advierta que ha sido robado.

—Te he prometido dos mil ducados por este robo.

—Sí, Majestad, y he recibido mil a cuenta.

—Aunque los papeles no sean precisamente los mismos que yo esperaba, he aquí los otros mil ducados.

—Gracias, Majestad, pero no es todo lo que me ha sido prometido.

—¿Qué te ha sido prometido?

—Como soy el único que entraba en el gabinete del ciudadano embajador, recaerán en mí las sospechas, y seré detenido sin ningún género de duda.

—¿Y qué te importa, con tal de que los jueces no te condenen?

—De cualquier modo no me libraré de unos cuantos meses de prisión.

—¿Y qué puede importarte eso, si recibes cien ducados por cada mes de prisión?

—El caso es que ello será una indemnización. Sea como fuere, fío en la bondad de la Reina.

—Déjate arrestar, niega con tesón y queda tranquilo.

El ladrón, pues ya se ha visto que lo era, embolsó el dinero.

—¿Cómo!—dijo la Reina,—¿no cuentas?

—¡Oh! después que Vuestra Majestad...

—Está bien; serás recompensado por tu confianza. ¡Vete!

El hombre hizo nuevamente una profunda reverencia y salió.

—Y bien—me dijo la Reina,—¿comprendes ahora?

—No, porque no puedo convencermos de que Vuestra Majestad haya encargado a ese hombre que se apoderase de los papeles del embajador francés.

—Con todo, es la pura y exacta verdad.

Confieso que me asusté; parecía-me que un robo, aunque ejecutado por orden de una reina, era siempre un robo.

Carolina adivinó lo que por mí pasaba.

—Creía yo encontrar en estos papeles pruebas de connivencia entre los jacobinos de Nápoles y los de París—dijo.—Me engañaba; pero he encontrado en ellos otra cosa no menos interesante.

—¿Qué ha encontrado Vuestra Majestad?

—Espera—dijo;—me parece oír los pasos del Rey... Sí, es él... ¿A qué vendrá a esta hora?

En aquel momento golpearon a la puerta con bastante violencia.

—¡Cuándo yo decía que era él!—repuso la Reina, procurando ocultar los papeles bajo los pliegues de su vestido.

Yo fui a abrir.

El semblante del Rey expresaba el sobresalto.

—¡Oh, Dios mío!—dijo Carolina riendo,—¿qué tenéis, señor, y cuál es la causa de esa cara despavorida?

—¿No sabéis lo que ha sucedido esta noche?

—No; pero lo sabré luego que me lo hayáis dicho.

—Dejadme antes besar la mano a milady y pedirle noticias de sir Guillermo.

—Teñí la mano al Rey, que me la besó galantemente.

—Sir Guillermo se encuentra perfectamente—respondí,—y se considerará

muy feliz de merecer este cordial recuerdo de Vuestra Majestad.

—Ahora—dijo la Reina,—cuéntame esa cosa tan horrible que ha pasado esa noche.

—Pues bien, esta noche han sido robados los documentos de la embajada francesa.

—¡Bah!

—Y esta mañana ha venido el canceller, de parte del ciudadano Mackau, a quejarse al general Acton.

—¿De veras?

—Y la queja ha sido formulada en términos que traslucen la sospecha de que el golpe haya sido dado por alguien de la corte de Nápoles.

—Entonces, resulta ser más inteligente de lo que yo le creía.

—¿Quién?

—El ciudadano Mackau.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que vuestro mejor sabueso no habría seguido con más acierto la pista de los papeles del que ha demostrado el ciudadano Mackau.

—¿Cómo! ¿Tenéis conocimiento de ese robo?

—He oído hablar de él.

—¿Y sabéis dónde están los papeles?

—Lo sospecho.

—¿Dónde?

—¿Queréis saberlo?

—Claro está, siquiera para responder a las reclamaciones del ciudadano embajador.

—Pues bien, helos aquí—dijo la Reina, levantándose y descubriendo los papeles sobre los que estaba sentada y cubría con su vestido.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó el Rey, palideciendo.

—¡Emma, Emma!—dijo riendo la Reina,—acerca un sillón a Su Majestad que se ha indispuerto repentinamente.

Adelanté un sillón al Rey, que se dejó caer en él.

—Pero, señora—dijo,—se sabrá que somos nosotros los que hemos substraído esos documentos, lo cual equivale a la guerra con Francia.

—En primer lugar, señor, no somos nosotros los que hemos substraído los papeles: soy yo; en segundo término, no se sabrá que haya sido yo, y, final-

mente, habríamos tenido, de cualquier modo, la guerra con Francia. La subtracción de esos papeles no modifica el aspecto de la cuestión.

—¿Y por qué habríamos tenido la guerra con Francia?

—Simplemente, porque el ciudadano Mackau ha visto nuestros armamentos y contado los hombres y los barcos que hemos enviado a Tolón, y a la hora de ahora, Francia sabe que son cuatro mil hombres y cuatro buques.

—¡No importa! No podemos rehusar al embajador la satisfacción que pide.

—¿Qué satisfacción es ésa?

—La persecución del ladrón, en el caso de que éste fuese un napolitano.

—Pues, désele esa satisfacción.

—Pero, ¿si el ladrón confiesa?

—No lo hará.

—¿Si, con todo, se le condena?

—No será condenado, pues le juzgará un tribunal napolitano.

—¡Oh, señora!—dijo el Rey,—no fiéis demasiado en ello; el espíritu actual tiende a la independencia.

—Que es, precisamente, lo que yo quiero reprimir—repuso Carolina, frunciendo el ceño;—y, si es preciso, empezaré por los tribunales.

—¿Conque eso os concierne?

—Sí; eso es de mi incumbencia.

—¿Tomáis a vuestro cargo este asunto?

—Me encargo de él.

—Entonces, proceda conforme le parezca. Nada me importa lo que puede suceder, si me quedan mis bosques para cazar y mi golfo para pescar.

—Y San Leucio para descansar—añadió la Reina con una sonrisa de desdén.

—¿Por ventura me dispensa Vuestra Majestad el honor de preocuparse por San Leucio?—preguntó el Rey.

—¿Y por qué preocuparme por San Leucio, cuando al frente de esa interesante colonia se encuentra un hombre de los méritos del cardenal Ruffo? ¡Oh! si en vez de ser inspector, fuese tesorero, a buen seguro que no estaría yo tan tranquila.

—¿Censuráis al pobre cardenal? Creed que es un hombre muy fiel.

—Muy fiel, muy adicto a vuestra persona.

—¡Dios mío! ¿acaso vos y yo no formamos uno solo?

—¡Oh! Nada de eso, señor, y de ello me felicito.

—Me tratáis muy mal esta mañana, señora.

—Le trato ahora, lo mismo que antes y después.

—¿Qué queréis que piense de mí lady Hamilton?

—Las opiniones de lady Hamilton son conformes con las mías.

—Es decir—observó sonriendo el Rey—que lady Hamilton me dispensa, al igual que vos, el honor de aborrecerme.

—¡Oh! bien sabe Vuestra Majestad que el sentimiento que me inspira no es el del odio.

—¡Vamos! ya veo que esta mañana no llegaremos a una inteligencia.

—¿Habéis venido a eso?

—No; he venido para veros y comunicaros las noticias del día.

—Yo también, a mi vez, voy a daros noticias que seguramente ignoráis. Hemos acordado Acton y yo enviar de refuerzo a la flota anglo-española, dos barcos y tres mil hombres. Irán al mando de los generales de Gambs y Pignatelli. Os dejo el honor de la iniciativa, si queréis tomarla en el Consejo de hoy, con tal de que apesure el envío; el capitán Nelson reclama este refuerzo a voz en cuello.

—¿Y reconquistaré vuestro favor, mediante la aceptación y cumplimiento de ese compromiso?

—Nunca lo habéis perdido—dijo la Reina con una sonrisa entre desdeñosa, y burlona.

El Rey se acercó a su mujer, le tomó la mano y se la besó, mientras ella le miraba con una expresión indescriptible.

—Entonces, señora, ¿estáis resuelta a la guerra a todo trance?

—¡Completamente resuelta, señor! tanto más, cuanto que no podemos hacer otra cosa.

—Pues, ¡sea la guerra, señora! Ya veréis cómo, llegado el momento de des-

envinar la espada, no lo haré peor que otro.

—Lo cual será para vos cosa muy hacendera, considerando que, cuando el rey Carlos III, su padre, salió de Nápoles, le dejó la espada con la cual Felipe V había conquistado a España y él el reino de Nápoles; solamente, que esa espada no ha sido blandida desde la batalla de Velletri, y en el transcurso de cuarenta y tres años se deslizan muchas cosas entre una vaina y un acero.

—Ciertamente—dijo el Rey sacudiendo la cabeza,—tenéis demasiada inteligencia para mí, y os abandonó la plaza.

Y, saludándonos, se retiró.

—Ahora—dijo la Reina,—en espera de que mi querido esposo venga a ser un Alejandro o un César, quememos los papeles inútiles, y guardemos los que merezcan ser guardados.

Pusimos manos a la obra, y debo declarar que, por mi parte, sin la menor objeción; aquel carácter resuelto dominaba mi voluntad y me arrastraba, como el astro arrastra al satélite en su carrera.

Lo que acabo de contar pasaba ocho o diez días antes de la llegada del capitán Nelson, de quien ya es hora de volver a ocuparnos.

## LXI

Es notoria la respuesta de Desdémona a esta pregunta del Senado de Venecia:

«¿Cómo es que usted, joven hermosa y noble, ha puesto su amor en este hombre, que no es noble, ni hermoso ni joven?»

Desdémona respondió:

«Me narraba sus viajes, sus peligrosos combates, y mi alma estaba pen-

diente de sus labios durante horas y más horas.»

Así nació en mí el primer impulso de simpatía, ya que no de amor, hacia Nelson.

Era un marino de ruda palabra, una especie de Juan Bull, tipo simbólico del pueblo inglés, que alimentaba ambiciones inauditas, y que, nacido lejos de los tronos, fué deslumbrado por los fulgores que de ellos se desprenden apenas uno se acerca a sus gradas.

He aquí su historia, que nos contó una noche a la Reina y a mí.

Nació el 20 de septiembre de 1758 en un pueblecillo del condado de Norfolk; tenía, pues, treinta y cinco años cuando le conocí.

Todavía no había hecho el sitio de Tenerife ni la campaña de Córcega; de modo, que aun no había perdido el brazo derecho ni el ojo.

Era hijo de un simple pastor protestante. El lugar de su nacimiento se llamaba Burnham-Thorpes.

Su madre murió en edad temprana, dejando once hijos al cuidado del pobre cura de aldea.

El padre los crió con economía y con el tierno afecto que impera entre los miembros de una familia pobre y numerosa. Procuró por la educación de todos, tanto de los varones como de las hembras; en esta empresa, aniquiló sus energías, y tuvo necesidad, para recobrar la perdida salud, de ir a tomar las aguas de Bath.

El mayor de la prole, Guillermo Nelson, tomó, en ausencia de su padre, la dirección de la pequeña colonia.

La modesta familia tenía un pariente, un hermano de la madre, que estaba emparentado con los Whalpole; lazo apartado, pero real. El tío en cuestión era capitán de barco y se llamaba Mauricio Suckling.

Dispuso el azar cierto día que, durante las Pascuas, el joven Horacio Nelson leyese en un diario que su tío había obtenido el mando del *Raisonnable*, navío de sesenta y cuatro cañones.

—Hermano mío—dijo a Guillermo,—escribe sin pérdida de tiempo a nues-

tro padre, y ruégale que pida a mi tío Mauricio que me embarque con él.

El mismo día fué cursada la carta.

Leyéndola el padre exclamó:

—Indudablemente, es la vocación del muchacho, y tengo por cosa cierta que *llegará a la cúspide*.

Efectivamente, Nelson llegó a la cúspide.

La proposición fué aceptada por Mauricio Suckling, y el pequeño Horacio, frágil como una varilla de sauce, vióse embarcado en el *Raisonnable*.

Horacio Nelson hizo dos campañas a bordo de este buque, luego una tercera en el *Triumph*, y, habiendo sido desarmado este barco, pasó a uno mercante.

A su regreso a Londres, encontró a su tío director de una escuela práctica de aspirantes establecida a bordo del mismo *Triumph* en el que había navegado. Consiguió ser admitido en dicha escuela; pero esta condición a manera de supernumerario de agua dulce le era insoportable, por lo que se alistó voluntariamente para formar parte de las exploraciones al polo Norte.

Montaba a la sazón el *Race-Horse* (1). Al llegar a los extremos límites del Océano, el buque se encontró preso entre los hielos. En una de las expediciones sobre las heladas aguas, el joven Horacio se encontró con un oso, y, aunque su única arma era un cuchillo, lo atacó. Asido cuerpo a cuerpo con su terrible adversario, estaba a punto de ser ahogado entre los brazos del monstruo, cuando uno de sus compañeros descargó a boca de jarro su fusil en la oreja del oso, y lo mató.

Tenía diez y seis años, y era tan encenque, que apenas aparentaba doce.

—¿Cómo has podido, con tan exiguo vigor físico, atacar a semejante enemigo?—le preguntó el capitán.

—Quería llevar su piel a mi padre y a mis hermanos—respondió el niño.

Las rudas pruebas a que el mar sujeta a sus devotos, desarrollaron más

(1) El caballo de raza.

tarde sus fuerzas y equilibraron su salud.

Libre de los hielos, la expedición pudo continuar su ruta. Nelson fué trasladado al *Sea-Horse* (1), buque de veinte cañones, y entró en el mar de la India. A los dos años de estar en aquellas costas de atmósfera ponzoñosa, el joven marino volvió a Inglaterra en un estado de depresión que se creía mortal.

Seis meses le bastaron para recobrar la salud. Aprovechando el período de convalecencia, se presentó a exámenes de los que salió triunfante y con el grado de subteniente de marina. Entonces hizo la guerra contra la independencia de América, defendió la Jamaica contra el almirante de Estaing, pasó a la América del Sur, donde renovó las hazañas de aquellos misioneros cuya historia ha llegado hasta nosotros con todo el prestigio de la novela.

Un día, durante una de esas expediciones en los bosques del Perú, se durmió al pie de un árbol.

Una serpiente se introdujo bajo el capote con que Nelson se cubría. El reptil, que pertenecía a una peligrosa especie, le mordió, produciéndole una herida que le curaron los naturales del país, salvando al joven marino, que por segunda vez volvió casi moribundo a Inglaterra. Sin embargo, aunque se restableció, siempre se resintió de aquella herida.

Tres meses después de su llegada, merced a los empeños de lord Cornwallis, obtuvo el mando de un bergantín de veintiséis cañones, con el que realizó un crucero por el mar del Norte y reconoció las costas de Dinamarca.

En la primavera, Nelson fué enviado a la América del Norte. Perseguido y rodeado por cuatro fragatas francesas, escapó a la persecución emprendiendo una ruta considerada hasta entonces como imposible, y llegó al Canadá.

Allí era donde Nelson debía sentir su primer amor, y la violencia de esta primera pasión pudo dar la medida de la influencia que el amor ejercía sobre

(1) El caballo de mar.

su destino. Para no separarse de la mujer que amaba, quería Nelson presentar su dimisión, renunciar a su empleo y enviar a Inglaterra el bergantín; sus oficiales, que le adoraban, le trataron de loco y resolvieron curarle de su locura. Aparentaron obedecer sus órdenes, y se alejaron; pero, llegada la noche, penetraron en su aposento, le ataron de piernas y brazos, y, teniéndole así dominado, lo llevaron a bordo, le varon anclas y no le devolvieron la libertad hasta que estuvieron en alta mar.

Aquella pasión sólo la extinguió otra pasión. De nuevo en Inglaterra, se enamoró de mistress Nisbett, joven viuda de diez y ocho años, con la que se casó.

Llevó a su joven esposa junto con un precioso niño fruto de su primer matrimonio, llamado Josué a casa de su padre; y por segunda vez se le creyó perdido para la marina.

Y en efecto, sólo la declaración de guerra de Francia contra Inglaterra pudo arrancarle de la plácida obscuridad en la que se había refugiado. El Almirantazgo fué a buscarle a su mismo domicilio conyugal, y le dió el mando del *Agamenón*, con el que se juntó con la escuadra de Hood que operaba en el Mediterráneo. Llegó a tiempo de tomar parte en la ocupación de Tolón, después de la cual fué enviado a Nápoles para solicitar refuerzos.

Dejo explicado cómo fué recibido por el Rey y la Reina.

Una vez decidido a la guerra, Fernando no podía desear noticias más gratas de las que Nelson le traía. Se estaba completa y abiertamente en estado de discordia con Francia. La queja del ciudadano Mackau motivó la detención del ladrón, que fué juzgado y absuelto, por más que eran patentes las pruebas de su culpa. El embajador, según la Reina pudo ver por la lectura de sus documentos, estaba al corriente de todos los actos desleales de la corte de Nápoles, y había podido presenciar la partida de la escuadra y la llegada de Nelson; el rumor de los agasajos que los reyes le dispensaron había llegado a la embajada francesa. En fin, cierta-

mañana, el embajador recibió de su Gobierno orden de salir de Nápoles, y partió tronando contra el Gobierno napolitano y el Gobierno pontificio, llevándose consigo a la hija y a la viuda de Basseville, asesinado en Roma, aquella llorando a un padre, la otra a un marido.

Desde la azotea del palacio le vimos embarcarse en un barco neutral; y como él, a su vez divisara un grupo de mujeres apostadas en la real morada, adivinó que la Reina se encontraba entre ellas, y extendió el brazo hacia nosotras en señal de amenaza.

En cuanto a mí, sólo vi una cosa en el grupo que acompañaba al embajador: dos jóvenes vestidas de negro y cuyo duelo clamaba venganza en tonos más altos que el gesto amenazador del diplomático.

Nelson estaba entusiasmado con la acogida que el Rey, la Reina y sir Guillermo Hamilton le habían dispensado. Hijo del pueblo, nacido lejos de la corte, sentía, lo mismo que yo, más profundamente que los que han nacido en un medio superior, la fascinación que ejerce una real sonrisa.

He aquí la carta que Nelson escribió a su mujer en 14 de septiembre de 1793:

«A la señora de Nelson.

«Las noticias de que era yo portador, han sido recibidas con viva satisfacción. El Rey me visitó a bordo del *Agamenón*, y luego envió dos veces a preguntar por mi salud. Llamo a los ingleses los salvadores de Italia, y singularmente de su reino. Por lo demás, he hablado y trabajado en nombre de lord Hood con un celo que nadie habría podido superar, y le llevo la más galana carta que jamás haya sido escrita por una mano regia.

«La he obtenido gracias a sir Guillermo Hamilton y al primer ministro, que es inglés. Lady Hamilton se ha portado con exquisita amabilidad respecto a Josué.

«Es una joven de excelente trato, que hace honor a la clase social a que pertenece y en cuyo seno ha crecido.

De aquí, me llevo seis mil hombres de refuerzo.

«Recuerdos a mi querido padre, a lord y lady Walpole, y, como siempre, soy afectuoso

»HORACIO NELSON».

Nelson residió en la embajada durante su permanencia en Nápoles. He dicho que me produjo cierta impresión; más tarde me dijo muchas veces que me había amado desde el primer instante en que me vió. Pero, en este primer viaje, sólo me habló con la mirada, y así y todo, de un modo tan incierto, que partió dejándome en la duda de que fuese amor o simplemente un profundo cariño fraternal.

En cuanto a mí, el sentimiento que experimentaba, aunque traspasase los límites de la amistad, se manifestaba por completo en aquel bello adolescente, hijo de mistress Nisbett, que ostentaba, a los trece o catorce años, el uniforme del primer grado de la marina; y cuando yo escuchaba, reclinada en un canapé, con el brazo echado alrededor del cuello de Josué el relato de los viajes, de los peligros y de los combates de su padrastro, sir Guillermo Hamilton, siempre enamorado de la antigüedad, se complacía en compararme a la reina de Cartago acariciando a Ascanio mientras escuchaba las pláticas de Eneas.

## LXII

María Carolina se había momentáneamente olvidado, debido a la presencia de Nelson en Nápoles, de la terrible situación en que se encontraba su hermana; pero inmediatamente después de haber partido el capitán inglés, su pensamiento volvió a la Conserjería, del mismo modo que la aguja

imantada, accidentalmente y por un momento vacilante, vuelve con invencible atracción al polo.

El proceso había seguido una marcha rápida y fatal. Trasladada nuevamente al tribunal revolucionario y conducida a la Conserjería el primero de agosto, María Antonieta había sufrido, el 12 de octubre, un interrogatorio y el 16 fué condenada a muerte y ejecutada.

Aunque la reina de Nápoles creía firmemente que la Convención no respetaría a María Antonieta, blanco principal de su odio, no por eso fué menos terrible el golpe que sintió al tener conocimiento de la ejecución. Fué acometida de convulsiones acompañadas de gritos y amenazas, cuyo estado de excitación descompuso en grado tal su semblante, que se podía creer como cosa imposible el que nunca más pudiese recobrar su belleza.

De igual manera que se hizo cuando la muerte de Luis XVI, se decretó el duelo público y ordenó la celebración de actos religiosos.

Durante los ocho primeros días que siguieron a la noticia fatal, no me separé de la Reina ni una hora, durmiendo en su habitación, comiendo en su compañía. Al fin, las lágrimas acudieron a sus ojos, y el llanto alivió su pesar; pero, en el transcurso de aquellos ocho días, había hecho y me había obligado a hacer a mí, mil juramentos de venganza. ¿Cómo se vengaría ella? No lo sabía. ¿Cómo la ayudaría yo a vengarse? Lo ignoraba. Pero, haciendo lo que Amílcar con el joven Aníbal, me colocaba la mano sobre el altar, exclamando: «¡Venganza! ¡Venganza!»

Con respecto al Rey, pareció estar muy afectado, y sobre todo muy atemorizado los dos primeros días; pero, al tercero, so pretexto de distraerse, salió a cazar y no se le volvió a ver en una semana.

En este lapso de tiempo, el odio reconcilió a Carolina con el ministro Actón. Tres veces al día le mandaba llamar, le pedía noticias de la guerra, y al separarse, le decía:

—¡Usted, que es todo un hombre, indíqueme un medio de vengarme!

Actón la consolaba todo lo que era posible consolarla, enterándola de las sangrientas convulsiones en que Francia se agitaba.

Mas, un día, le vi entrar pálido, apretando los dientes y temblando de coraje. La Reina, al verle, comprendió que era portador de alguna noticia fatal.

Se puso en pie, y, apretándome fuertemente la mano:

—¿Qué ocurre?—preguntó.

—Los republicanos, señora, se han apoderado nuevamente de Tolón—respondió Actón.

—¡Tolón!—gritó la Reina palideciendo,—¡han vuelto a apoderarse de Tolón! y hace ocho días me decía usted que había recibido una carta del almirante Hood en la que le decía: «Si los jacobinos vuelven a ser dueños de Tolón yo mismo me hago jacobino».

—Pues bien, no le queda más recurso que calarse el gorro frigio hasta las orejas.

—¿Pero, cómo puede ser esto? Según usted, los sitiadores de Tolón eran unos imbéciles. Carreaux, el general Carreaux, decía usted, era incapaz de llevar el sitio de una plaza de tercer orden.

—Y lo digo todavía, señora; pero no es ningún general el que ha recuperado Tolón: al parecer, es un joven oficial completamente desconocido y que hace sus primeras armas.

—¿Cómo se llama?

—Bonaparte.

—¿Qué es eso de Bonaparte? ¿Es un italiano?

—Sí y no.

—¿Cómo, sí y no?

—Es un corso.

La Reina golpeó con el pie.

—¡Tolón recuperado!—exclamó.

Y guardó silencio un instante, frunciendo el entrecejo y retorciéndose los brazos.

—¿No se conocen otras noticias acerca de Bonaparte?

—Le he dicho todo lo que sé, señora.

La nueva ha sido traída por un bergantín mercante bloqueado en el puerto, de donde salió con la flota inglesa y la nuestra; pero, siendo más rápido, se ha adelantado a los demás barcos, y en tres días ha llegado a nuestras aguas.

—¿A quién ha preguntado usted?

—Al capitán.

—¿Puedo ver a ese hombre?

—Nada más fácil; pero me ha dicho todo lo que sabía.

—¿Cuándo cree usted recibir otras noticias?

—Hoy mismo, esta noche, o mañana por la mañana, a más tardar.

En aquel momento, el general dirigió maquinalmente una mirada hacia el lado del mar.

—¡Ah! señora, allá se acerca a nuestro puerto un buque a toda vela, y me parece descubrir en el horizonte otros navíos que le siguen.

—Tráeme el antejo, Emma—dijo la Reina.

María Carolina había pedido al capitán Nelson un buen antejo, y Nelson le envió el mejor del *Agamenón*.

El general Actón lo cogió y se puso a reconocer el barco que aparecía en el horizonte.

—O mucho me engaño—dijo,—o antes de dos horas tendremos noticias exactas, suministradas por un hombre que no habrá perdido nada de lo que haya ocurrido.

—¿Ha reconocido usted el buque?

—preguntó la Reina.

—Creo que es el *Minerva*, a cuyo bordo va de capitán Francisco Caracciolo.

—¡Ah!—exclamó la Reina,—en ese caso, adviértale usted que deseo hablarle primero que ninguno. Usted le acompañará, si así lo desea; pero que venga aquí en seguida.

El general se inclinó y salió. Quedamos solas. La Reina cogió el antejo y siguió con la vista a la corbeta hasta que hubo entrado en el puerto. Pero, antes de haber entrado, el barco había cambiado señales con el castillo del Huevo, de suerte que el capitán, sin esperar que el ancla tocara el fondo, saltó a su canoa que, al remo, tomó la dirección de la dársena.

A lo lejos se divisaban otros cinco o seis barcos que parecían más o menos averiados y navegaban más o menos lentamente, según la importancia de sus averías.

Presa de viva impaciencia, la Reina esperaba por instantes la llegada del comandante de la corbeta.

Al cabo de diez minutos, oímos pasos que se acercaban rápidamente; abrióse la puerta, y el general Actón anunció a su acompañante, diciendo:

—El capitán Francisco Caracciolo.

El capitán entró, hizo un profundo saludo, y esperó el interrogatorio de la Reina.

—¿Es verdad, señor, que los infames jacobinos han vuelto a tomar Tolón?

—Sí, señora—respondió el príncipe Caracciolo sonriendo tristemente;—es preciso que sea verdad, desde el momento que estoy aquí.

—¿Y se ha rendido Tolón sin resistir?

—Ha habido lucha, señora; hemos tenido doscientos hombres muertos y cuatrocientos prisioneros.

—Entonces, explíqueme usted esta derrota, señor, porque sin duda ha sido una derrota, ¿no es cierto?

—En toda la extensión de la palabra, señora, y en toda la realidad del hecho.

—Pero, ¿quién ha podido cambiar así, en algunos días, el sesgo de los acontecimientos?

—Un hombre de genio, señora.

—¿Ese Bonaparte?

—Sí, señora, ese Bonaparte.

—Pues, ¿qué ha hecho?

—Ha descubierto el único punto desde el cual era atacable Tolón; lo ha tomado a la bayoneta, y desde allí ha concentrado sus fuegos sobre la ciudad.

—¿Y después?... ¿después?... Continúe...

—Bien, señora, después, cuando se vió que los obuses incendiaban la ciudad, cuando se oyó silbar las balas y vióse que los dos fuertes del Eguillete y de Balagnier se unían con el del Pequeño Gibraltar para arrasar a Tolón se introdujo la discordia entre ingleses,

napolitanos y españoles. Los ingleses, decididos a evacuar la plaza sin comunicarlo ni a los españoles ni a nosotros, incendiaron el arsenal, los almacenes marítimos y los barcos franceses que no podían llevarse consigo, y empezaron a embarcarse bajo el fuego de las baterías francesas, abandonando a los que habían hecho traición a Francia por Inglaterra, y a quienes, a su vez, Inglaterra traicionaba ahora. A partir de entonces, señora, no hubo más que fuga y confusión. Los ingleses disparaban contra los realistas que trepaban por los costados de sus buques para huir de la venganza de los patriotas. Por mi parte, creí que debía proceder de diferente modo; recibí a bordo de mi barco a unos veinte realistas, entre ellos el gobernador de la plaza, conde Mandés. Traigo a esos infelices; tanto da que mueran aquí de hambre, si el Rey no se apiada de ellos, como perecer fusilado o guillotinado.

—Ha procedido usted muy bien, señor—exclamó la Reina,—y esos realistas no perecerán de hambre, yo se lo aseguro; porque, si el Rey se niega a socorrerlos, yo venderé mis joyas para darles de comer.

Caracciolo se inclinó.

—Yo no sé, señor—continuó la Reina,—si mi influencia alcanzará a hacerle nombrar almirante; pero, de todos modos, pediré al Rey y al señor Acton que le sea otorgado este favor, digo mal, esta recompensa.

Carolina hizo un signo con la mano, y el príncipe, saludando, se retiró.

—¿Qué opina usted de esto, señor?—preguntó la reina a Actón.

—Digo, señora, que el príncipe Caracciolo no quiere a los ingleses; de esa malquerencia dimana el papel desairado que ha hecho desempeñar a mis compatriotas en este asunto.

—Lo que quiere decir que usted no apoyará mi opinión cuando, en el Consejo, se discuta si se debe conceder el ascenso que pediré para el príncipe.

—Vuestra Majestad sabe—dijo Acton inclinándose,—que siempre soy de su opinión. Y ahora, ¿no le parece oportuno que se den órdenes para que los barcos y los hombres que van a en-

trar en el puerto sean objeto de los cuidados y de la solicitud del Gobierno?

—¡Vaya usted, señor, vaya! Haga curar a los heridos, cuidar a los enfermos, dar recompensas a los que merezcan ser recompensados; no somos una gran potencia para tener el derecho de mostrarnos ingratos con nuestros defensores.

Acton se retiró.

Por la noche, el Rey volvió de caza.

A las once, la Reina se enteró de cuanto había dicho y hecho.

Había cenado muy tranquilamente; durante la cena, le contaron lo ocurrido en el día, y después, sin pronunciar una sola palabra, se retiró a descansar.

A las doce, la Reina me pidió que la acompañase. Vi con asombro que cogía un puñal y un lápiz. Le pregunté el objeto que llevaba.

—Ven—me dijo,—ya lo verás.

La seguí a través del corredor siempre solitario por el que el Rey pasaba cuando se dirigía a las habitaciones de María Carolina, y llegamos a una pequeña pieza inmediata al gabinete de su marido.

Una vez allí, se detuvo y escuchó. Reinaba el más completo silencio, tanto en la cámara del Rey, como en la del gentilhombre que estaba de servicio. La Reina se acercó a la puerta del dormitorio de su marido, clavó en ella el puñal, y, entregándome el lápiz:

—Tú, cuya letra no conoce el Rey—me dijo,—escribe alrededor de este puñal lo que voy a dictarte.

Apoyé la punta del lápiz en la mandera de la puerta.

—Escribe: *Tutte le mode vengono di Francia* (1).

Yo escribí.

—Ahora, ven—añadió;—¡ya veremos si mañana se desayuna tan bien como ha cenado hoy!

A la mañana siguiente, a las ocho, el Rey, pálido de terror, vestido con una bata, corrió a la habitación de la Reina; le mostró con temblorosa mano el puñal, y con voz entrecortada por el castañeteo de los dientes, le re-

(1) Todas las modas vienen de Francia.

petía las palabras escritas por mí en la puerta.

Carolina no pareció asombrarse.

—Esto prueba—dijo,—que hasta en el mismo palacio tenemos jacobinos.

—Pero, ¿qué hacer?—exclamó el Rey con desesperación.

—Todo lo contrario de lo que hicieron Carlos I y Luis XVI—respondió la Reina:—tomar la delantera, y matar para que no nos maten.

—Eso es lo que yo deseo: matar; pero, ¿a quién?

—¡A los jacobinos!

—Entendámonos—dijo el Rey, que no podía darse cuenta de lo que la Reina quería decir con la palabra *jacobino*.—En Francia, los jacobinos, según parece, son unos descamisados que llevan gorro frigio, que redactan los diarios blasfemos e incendiarios; aquí, los jacobinos son hombres de fuste, instruidos, sabios, que escriben libros reputados como excelentes. En Francia se llaman Santerre, Collot, de Herbois, Hébert; son cerveceros, cómicos silbados, vendedores de contraseñas; aquí, se llaman Héctor Caraffa, Cirilo, Conforti, es decir, que pertenecen a la primera nobleza, a la medicina, al foro. Existen, pues, jacobinos y jacobinos, como hay manojos y manojillos.

—Sí—respondió la Reina,—hay jacobinos y jacobinos, y puesto que los nuestros son ilustrados, nobles y ricos, son tanto más de temer. En Francia, el pueblo es malo, y la clase alta es buena; aquí, todo lo contrario, los de arriba son los malos, y los de abajo, los buenos.

—¡Vamos! ahora resulta que nuestro pueblo es la bondad personificada. ¿Por qué, pues, lo despreciáis, cuando me aplaude viéndome comer mi plato favorito de macarrones, y cuando salta al estribo de mi carruaje para tirarme de la nariz o pellizcarme las orejas?

—Porque antes no lo conocía; hoy, le conozco, y le hago justicia. Tengo sobre vos la ventaja de habérsela hecho en todo tiempo.

—Sin duda, tiene cosas buenas, pero también otras malas.

—En fin, no es un hombre del pue-

blo el que ha entrado en palacio, el que ha clavado el puñal en la puerta y dado este aviso: *«Tutte le mode vengono di Francia»*. No es obra del vulgo; lo es del bueno, del angelical italiano.

—He de convenir en ello; tan cierto lo creo, que he estado a punto de hacer prender al pobre Ricardo Sforza; que estaba a mi servicio esta noche; pero, al ver el puñal, se ha puesto aún más pálido y más tembloroso que yo.

La Reina fué a la ventana y la abrió.

—He ahí—dijo al Rey, señalándole los buques que el día antes se habían divisado en el horizonte y que en aquel momento entraban en el puerto, uno tras otro, como aves marinas heridas en las alas por el plomo del cazador;—ahí tenéis un espectáculo deplorable para la humanidad, ¿no es verdad? vergonzoso para el Gobierno sin ningún género de duda. ¡Nuestros soldados muertos o prisioneros; nuestra escuadra rota y maltrecha! Es una calamidad pública, y observad, toda Nápoles se ha reunido en los muelles para presenciar el espectáculo. Pues bien, disfrazaos e id a confundiros con esa multitud procurando no ser reconocido. Veréis cómo todos los ricos, todos los sabios se regocijan de nuestro desastre; y, al contrario, todos los pobres, todos los humildes e ignorantes deploran el suceso y maldicen a los franceses. Si éstos vienen, vuestra clase alta se unirá a ellos. ¿Quién los combatirá? ¡El pueblo! ¿Quién se hará matar por su rey? ¡Los *lazzaroni*!

—¡Hum! los perillanes son harto ladinos para hacerse matar por nadie ni por nada...

—¡Qué vengan los franceses, y veréis!

—¡Bueno!—replicó el Rey, haciendo una mueca que le era peculiar,—los franceses están lejos todavía. Es preciso, para venir, que vengan por tierra, puesto que el mar pertenece a los ingleses y éstos les han incendiado, en Tolón, veinte barcos de guerra y hecho prisioneros quince. Aparte eso, si Tolón ha sido reconquistado, Mayence y Valenciennes no lo ha sido; los vandeos se burlan de la Conven-